

1.º DE ABRIL DE 1886.—*José María Campo Serrano*. Se encargó como Designado, por haberse ausentado el Presidente Dr. Núñez.

6 DE ENERO DE 1887.—*Eliseo Payán*. Se encargó como Vicepresidente.

4 DE JUNIO DE 1887.—*Rafael Núñez*. Elegido Presidente por el Consejo de Delegatarios, no se encargó hasta este día, aun cuando su período había empezado desde el 6 de Agosto de 1886.

13 DE DICIEMBRE DE 1888.—*Eliseo Payán*. Por ausencia del Presidente, volvió á encargarse como Vicepresidente.

8 DE FEBRERO DE 1888.—*Rafael Núñez*. Reasumió el mando en Girardot.

6 DE AGOSTO DE 1888.—*Carlos Holguín*. Elegido Designado, se encargó en este día. Reelegido en 1890, continuó otros dos años.

6 DE AGOSTO DE 1892.—*Miguel Antonio Caro*. Elegido en elección popular, se posesionó en esta fecha.

12 DE MARZO DE 1896.—*Guillermo Quintero Calderón*. Por ausencia del Presidente, se encargó como Designado.

17 DE MARZO DE 1896.—*Miguel A. Caro*. En este día reasumió el mando.

7 DE AGOSTO DE 1898.—*José Manuel Marroquín*. Elegido Vicepresidente en elección popular, se posesionó en este día por ausencia del Presidente Dr. Sanclemente.

3 DE NOVIEMBRE DE 1898.—*Manuel Antonio Sanclemente*. Se posesionó en esta fecha.

31 DE JULIO DE 1900.—*José Manuel Marroquín*. Por haber sido depuesto el Presidente, se encargó del Poder Ejecutivo, en su carácter de Vicepresidente.

RECUERDOS DE UN VIAJE DE MEDELLIN A BOGOTA

1862

(Continuación).

XVI

PESQUERÍAS, 31 DE DICIEMBRE DE 1862

Casi me espanto al ver que entramos ya en un tercer tomo manuscrito para completar la bicoca de veinte cartas prometidas. Es mucho charlar, dirá usted, y yo digo lo mismo; pero, ¿qué hacer? Si estuviera en Antioquia, tanta parla

me hubiera sido imposible; porque allá, usted lo sabe muy bien, tengo más ocupaciones que tiempo. Aquí la cosa varía algo, porque aunque no faltan quehaceres, siempre queda un vacío que es preciso llenar de algún modo. Yo me tengo en concepto de persona esencialmente perezosa por organización; pero este defecto, que es en mí una enfermedad, ó por lo menos la consecuencia de un estado morbozo, tiene correctivo especialísimo en la necesidad imperiosa de cumplir deberes de profesión, que me obligan á llevar existencia diaria sobre modo activa y agitada. Esto ha producido, por influjo del hábito, una segunda naturaleza, insaciable de ocupación y de trabajo. Tenga usted presente lo que acabo de decir, por si la índole de su constitución física y el genio de su estructura moral se hallaren en el mismo caso. El trabajo, se dice, reconoce su origen en la maldición echada por Dios á la descendencia de Adán para castigar el primer pecado. El trabajo, digo yo, es dádiva magnífica, con la cual Dios ha dotado á sus criaturas, á quienes concedió en justa recompensa y como estímulo la facultad de moverse y meditar. Sin el trabajo, el hombre enfermaría, la perfección del espíritu sería nula; ó de existir, no puede concebirse que tuviéramos un peor compañero para nosotros mismos que nuestra propia persona.

Desde que se deja el alto de la Miel, el territorio y los habitantes cambian enteramente, de aspecto los segundos y de producción el primero. El río de la Miel no es simplemente una frontera natural, divisoria de los Estados del Tolima y Antioquia, es también una línea de demarcación que separa influencias muy distintas para la parte puramente material de ambos Estados y para la vida y organización de sus habitantes. Pasando el río queda atrás una población bella y lozana, esbelta y arrogante, y se encuentra al llegar á la parte baja, hacia el Magdalena, un grupo de hombres dolientes, anémicos, pálidos y débiles.

El coto, funesta enfermedad de que por fortuna están libres los antioqueños, ataca y degrada con pasmosa frecuencia á los habitantes del Tolima; y además del coto la *hipotera* (especie de *tuntún*) se ceba con fría crueldad sobre los infelices moradores de esta parte de la República. Con estas dos plagas es imposible que la industria, el bienestar y la riqueza tomen aliento y vuelo; pero creer que tales enfermedades sean eternas en la comarca, sería negar su eficacia protectora á la Providencia y su genio al hombre. El *tuntún*, afección que debilita y arruina las facultades físicas de la especie humana, es una de las pocas desventajas que tiene nuestro Estado para desenvolverse y seguir con energía en al-

gunos lugares; pero ya usted sabe que reciente descubrimiento, susceptible de mejora, resuelve en parte el asunto referente á la curación de esta pertinaz dolencia. Para llegar al conocimiento del remedio aplicable al *tuntún*, han sido precisas largas y escrupulosas meditaciones sobre la causa productora del mal, sobre los agentes externos que sostienen su desarrollo, sobre los síntomas morbosos que presenta y sobre los estragos patológicos que ocasiona en la economía del hombre. Otro tanto, en nuestra opinión, debe hacerse para conocer á fondo la historia del *coto*. Y mientras que las indagaciones sobre esta monstruosa hipertrofia no tomen por base el más riguroso examen analítico de todos los agentes que puedan afectar la constitución de los individuos sujetos á ella, no se dará un paso adelante. El análisis, en toda la plenitud de significación de esta palabra, es el sólo recurso de que puede disponer el hombre estudioso para llegar al conocimiento pleno de la verdad. Pero en la obra de analizar, el observador queda sujeto á muchos errores que desvían su juicio. De todos los inconvenientes de un análisis imperfecto, los dos más grandes, en mi opinión, consisten: en las deducciones *a priori*, y en la detención del juicio antes de llegar al último razonamiento en el asunto que se investiga. No dé usted nunca una cosa por sabida, antes de estar íntimamente penetrado de su exactitud; y una vez que usted razone, no se detenga, vaya hasta el último término; y si en el giro libre de su pensamiento cree que el sendero está terminado, insista todavía, que bien puede haber alguna vereda que conduzca al fin que desea.

Si la teoría anterior se aplicara siempre de un modo estricto y concienzudo al esclarecimiento de muchos que parecen misterios, el cólera morbo, la rabia canina, la epilepsia, la lepra griega, el *coto* y muchas otras enfermedades no serían incurables. Tomar hechos aislados, sin conexión, sin relaciones y sin afinidad para explicar un fenómeno, es absurdo; y por eso, cuando se dice, hablando del *coto*, que la panela lo produce, que las aguas calizas, magnésicas y alaminosas lo producen también, es tanto como no decir nada (1). Es preciso tomar al *cotudo*, vivir con él, estudiar sus costumbres, analizar el agua que toma, el aire que respira, el alimento de que se sustenta, su temperamento especial, sus relaciones de

(1) Los adelantos científicos que se han efectuado en estos últimos años prueban la exactitud de lo que aseveramos en esta parte de nuestro itinerario, y algunos de esos problemas están resueltos victoriosamente por el genio sublime de Pasteur y sus discípulos. El horizonte científico esta hoy lleno de luz, y el hombre, con permiso de la Providencia, tiende á mejorar su situación de día en día.

familia, y llevar al microscopio los glóbulos de su sangre y sus diferentes humores, estudiar la patología de sus vísceras *post mortem*, y componer y descomponer una por una todas las partes de su sér, para llegar á descifrar el *impenetrable* misterio que hasta ahora cubre como un denso velo la etiología y patogenia de ese padecimiento.

En la pendiente de la cordillera, desde Victoria hasta Guarinó, se encuentran rocas bastante variadas, cristalinas muchas de ellas, platónicas las más, y de sedimento pocas; masas porfiréticas *grunstein*, cuarzo grosero, vítreo, piedra de toque y muchos conglomerados amigdaloides, y aun pudingas de consideración. El cuarzo lidio y la sílice córnea, con una multitud casi infinita de *galetas* y fonolitas enormes, rodadas de las cordilleras que encajonan el Magdalena, forman el suelo por donde corre ese inmenso caudal de aguas, sin hablar de otras rocas que representan, como en un gabinete, las alternadas formaciones geológicas y mineralógicas de toda la parte superior del río.

En el Piñal, donde pernoctámos ayer, hay algunos árboles frutales: mangos, marañones, ciruelos y guayabos. Fuéme preciso promulgar orden de no comer estas frutas á todos los miembros de la comitiva; pero esa orden corrió la suerte de toda ley colombiana: se infringió. Es bueno, en climas tan ardientes, en los momentos de sed intensa, tener bastante fuerza de voluntad para evitar excesos. Y no porque yo crea que el uso moderado de algunas frutas subácidas sea peligroso para la salud, sino porque la moderación en tales casos es muy difícil. A usted, cuya parquedad me parece edificante, no habría que darle ningún consejo de este género; pero á los glotones é imprudentes, no estará por demás recomendarles cautela.

Esta mañana abandonámos á los peones de silla, ó mejor dicho, ellos nos abandonaron, porque vista la facilidad de encontrar bestias de alquiler para venir hasta aquí, no les era muy gustoso continuar con la carga. Antes el camino seguía desde Guarinó hasta Gualí, tocando en un punto llamado la Egipciana, y dejando la ciudad de Mariquita sobre la derecha, se venía por los llanos y se entraba á Honda por el Alto del Rosario. Hoy se ha cambiado de dirección y se viene por un plano nivelado en su mayor parte y por la orilla derecha de Guarinó hasta su desagüe en el Magdalena, y luégo, andando por la orilla izquierda de este último, se llega hasta enfrente de la Bodega, por donde se pasa para tomar el camino de Bogotá.

En las primeras horas de la mañana, cuando todavía los

rayos de un sol abrasador no han retostado las arenas del camino, el viaje se hace con agrado y no carece de incentivos; pero en las horas avanzadas del día, cuando el astro rey lanza desde el cenit sus irradiaciones de fuego, la sensación cambia: vestido, piel, aire y suelo, todo parece sujeto á la influencia de una hoguera. No se carece de agua para apagar la sed; pero esta se renueva con tanta frecuencia y de un modo tan vehemente, que á pesar de la copiosa transpiración, el estómago se llena y rechaza tenazmente recibir más. Algunas frutas doradas de hobo, esparcidas por el suelo, provocan con su aroma y su exquisito sabor á colmar con ellas el estado calenturiento de la sangre, pero la prudencia mata este apetito.

Llegámos entre las doce y la una á la playa de Honda, cuando la reverberación del sol era tan intensa, el calor tan sofocante y la fatiga tan abrumadora, que yo sentía todo mi cuerpo quebrantado y perdida mi energía. Esto obliga á exclamar con Gutiérrez González:

O está Jerusalén en tierra fría,
O no fue allá donde David cantó.

Porque, efectivamente, llega el hombre en esos momentos á un grado de abatimiento y de estupidez tales, que no deberían ser permitidos á la raza humana.

Para evitarnos las molestias consiguientes á una situación tan fastidiosa, hicimos pasar á las señoras y á la niña, bien acompañadas, al otro lado del río, á fin de que vinieran á tomar posesión de la venta en que ahora estamos. La adorable criaturita estaba roja como una cereza, ardiente como una ascua, y parece que la brisa del río debió refrescarla un tanto, porque cuando en el otro lado quisieron ponerla de nuevo en la silla para continuar el viaje, pedía con instancia que más bien la volvieran á meter en la batea (1).

Sentados debajo de las frondosas ceibas que decoran espléndidamente la ribera, concluimos nuestros arreglos definitivos con los peones, operación larga, fastidiosa y terrible, que consistió en liquidar, fenecer y cubrir veinticinco ó treinta cuentas con sus respectivos pormenores. A las cinco habíamos pasado el Magdalena, después de un baño delicioso. Di-

(1) La niña á que aludimos en esta parte de nuestra correría, es hoy la respetable matrona que con el nombre de Teresita Wills sirve de adorno á la ciudad de Medellín. Madre de numerosos hijos y esposa tierna de D. Julio Restrepo, brilla por sus virtudes y nos está unida por un parentesco espiritual que nos produce orgullo y satisfacción. Hija de D. Ricardo Wills y de D^{ña} Pastora Jaramillo, es timbre de su familia, y ante ella nos inclinamos llenos de cariño y admiración.

mos un cordial apretón de mano al esclarecido cuanto virtuoso General José Hilario López, que llegaba en aquel momento á tomar pasaje en el vapor, con dirección á Rionegro, como convencional. Ya de noche, alumbrados por clara luna, llegamos á esta posada, en donde nos esperaba una cena tan grande como nuestro apetito. Después de cenar hicimos un paseo hasta el punto llamado Pesquerías, respirámos un poco el aire refrescado por el curso de las aguas y vimos, desde la barranca de este lado, la ciudad de Honda, que, semejante á una frasquera rota, según la original expresión de alguien, destaca á esa hora sus edificios, mitad despiertos y mitad dormidos, guardando término medio entre la actividad forzosa que le comunica su carácter de puerto y la indolencia obligada que le ingiere su naturaleza de ciudad de la América Española.

San Bartolomé de Honda fue fundado en el ángulo que forma la confluencia del río Gualí en el Magdalena. En su principio era una ranchería que daba abrigo y alojamiento á los negros que bogaban en el Magdalena; pero por disposición real se erigió en villa el año de 1643. Queda á tres leguas de Mariquita.

El Magdalena es fácilmente navegable hasta la angostura de Carare. Desde allí hasta la bodega de Honda presenta algunas dificultades, que no son insuperables ni para embarcaciones pequeñas ni para vapores; mas, frente al lugar de que estamos hablando, pedrejones enormes forman corrientes que imposibilitan el ascenso de los buques, de tal manera que puede calificarse de temerario el caso único de haber hecho pasar alguna embarcación al través de ese escollo. Las balsas descienden, siempre con peligro. De Honda para arriba hasta mucha distancia, el río vuelve á ser completamente navegable (1).

Como la navegación del Magdalena durante más de tres centurias se ha hecho necesariamente desde la Costa hasta Honda, para comunicar con la capital y centro del Virreinato, este lugar ha tenido que ser por obligación punto de depósito y muy frecuentado por toda clase de personas. La existencia de un obstáculo físico para la navegación ha sido una verdadera calamidad para el país; pero acaso á él debe Honda su mediano florecimiento, y sin él tal vez estaría en calidad de playa desierta, como otras muchas de los contornos, ó hubiera

(1) Sobre el punto á que nos referimos, la ciudad de Honda se halla comunicada hoy con la orilla opuesta por un soberbio puente que la habilidad y arrojo de nuestro querido amigo José María Villa ha construido en época reciente.

alcanzado apenas las proporciones de miserable población, por el estilo de Nare y Buenavista.

Desde su erección en villa hasta el año de 1805, en que un formidable estremecimiento de la tierra desplomó y rompió sus mejores edificios, Honda había crecido en habitantes y se había hermoscado considerablemente en su parte material, alcanzando brillo mercantil de importancia y teniendo capitalistas de gran riqueza, un buen Hospital y una casa de Jesuitas que desempeñaron la cura de almas, encargada antes á sacerdotes seculares.

De principios de este siglo á la época presente, Honda ha permanecido en estado lamentable de pobreza y decadencia, sin poder ni aun reconstruir sus derruidas y despedazadas habitaciones. Ahora parece que el progreso comercial, el aumento de cultivo en el tabaco que Ambalema envía á Europa y las mejoras introducidas en la navegación por vapor, le están dando un poco de vida.

El pueblo de que hablo tiene que ser por necesidad y precisión un lugar de importancia y de valía en Colombia, porque su situación topográfica lo favorece y lo hace indispensable, y esto á pesar de numerosas condiciones que le son contrarias.

Los planos sobre los cuales reposa la ciudad están naturalmente divididos en dos partes: uno en forma de anfiteatro, que domina al otro y sobre el cual está el Rosario; otro dominado por el anterior, dividida por el Gualí, bajo y más importante. Tres cerros áridos colocados en forma de piedras de fogón encierran todo el recinto de esta villa; por manera que, en medio del día, cuando el sol arroja sus rayos verticales sobre las rocas desnudas de estas montañas, por ley de física los ángulos de reflexión caen y se concentran sobre la parte media del lugar, de modo análogo al en que, según se dice, operaba el espejo ustorio de Arquímedes para quemar las naves de los romanos. Entonces el resistero es espantoso, y ese hueco es el infierno.

Se ha pensado en diferentes épocas en destruir por medios mecánicos el salto de Honda, para hacer adaptable el río á la navegación en aquel punto. La empresa parece superior á nuestros recursos actuales, y sería de grande utilidad trascendental para toda la República, pero quizás no mucho para el lugar que vive y se sostiene en gran parte por causa de este accidente desgraciado.

Los alrededores de Honda son, en general, fértiles y ricos. Hay allí hermosas y productivas dehesas y se cultivan con menos esmero del que se debiera, algunos árboles frutales, sus habitantes son más inclinados al tráfico que á la agricultura.

III

GUADUAS, 1º DE ENERO DE 1863

Esta mañana, á las cinco, bajámos al río para darnos un baño. La operación tiene sus enfados, y aseguro á usted que á no ser por el calor sofocante y la suave y deliciosa temperatura del agua, jamás tomaría como placer las abluciones del Magdalena. Está el individuo metido en el agua como bajo la influencia de una pila voltaica, y sujeto á la impresión, no de magnetismo y electricidad ordinarios, sino del magnetismo y electricidad fatigosos y deprimentes del sobresalto y de la duda, temiendo ya clavarse un pie con el arpón envenenado de una *raya*, ya recibir los punzantes besos y caricias de un pececillo llamado *barbudo*, ya padecer un vértigo que lo sumerja, ya ser arrastrado por la corriente, ya ver las fauces abiertas del caimán. O bien, para evitar todas estas molestias, acurrucarse en el lodo de la orilla y sentarse sobre una piedra á echarse cobardemente agua con una totuma en la cabeza y espaldas.

La mayor parte de la comitiva se puso en tren de viaje á las seis de la mañana, y siguió adelante para evitar el bochorno consiguiente al sol que se recibe al andar el trecho que media entre Honda y la base del Sargento. Yo quedé atrás para practicar cierto negocio en la playa de Honda; pero no hice sino pasar el río. Me abstuve de entrar en la ciudad, donde reina ahora la fiebre que llaman *amarilla*, por analogía de síntomas, pues ella no es, en mi concepto, el azote devastador de las costas que reconoce casi siempre por causa un foco de infección marítima (1).

El paso en barqueta por encima del chorro es asunto escabroso y temible: las carnes se contraen de modo involuntario al contemplar la rapidez de la corriente y la proximidad del peligro: un golpe menos de canaleta, una operación torpe, un leve descuido de los bogas, y adiós, María. La embarcación rueda envuelta por el cordón del agua, cae en el abismo y sólo por milagro se puede esperar salvación. Sírvale á usted de aviso que en asunto de paso de ríos y de otras operaciones de viaje, debe someterse mansa-

(1) Reflexiones posteriores y estudio más atento sobre la naturaleza de esta fiebre nos han convencido de que habíamos cometido error al aseverar que no se trataba de fiebre amarilla, porque la altura barométrica de Honda, la de Ambalema y acaso la de algunos puntos más al Sur pueden estar sujetos á este formidable azote.

mente á las opiniones, dirección y consejo de los hombres envejecidos en el oficio; no se oponga á la ejecución de lo que en casos tales se le exija, á no ser que la sinrazón y el error sean evidentes. En vez de pararse en la barqueta, siéntese de modo que no pierda el equilibrio; si sabe nadar, resista á la tentación de hacerlo; si es buen jinete, monte bestias mansas y reconocidas como tales, y no en potros ó mulas indómitas por lucir habilidad. Los recursos y ventajas de una fuerte organización deben reservarse para casos graves y de imperiosa necesidad. Son los buenos nadadores los que más frecuentemente se ahogan, los mejores jinetes los que más frecuentemente caen, los mejores cazadores los que con más frecuencia se hieren, y los más temerarios militares los que de ordinario quedan en el campo de batalla. No quiere decir esto que yo haga el panegírico de la pusilanimidad y de la cobardía: recomiendo sólo la prudencia personal y encomio el valor, la perseverancia, el arrojo y hasta la temeridad para casos dados. Urgido por el instinto de la propia conservación y por el interés del sostenimiento de su dignidad personal, queda usted libre para ir hasta donde quiera en asuntos de valentía.

A las diez monté mi mula en Pescaderías, y ayuno por no haber encontrado quien me vendiera un almuerzo; empecé á trotar por esas vegas azotando mi cabalgadura con verguetas de árboles cogidas al paso, por haber perdido la indispensable y útil zurriaga, estímulo seguro y eficaz de los lerdos animales que por aquí se emplean como bestias de alquiler.

La especie de ensenada que está entre Honda y el Sargento es sumamente fértil desde el pie de la cordillera hasta la orilla del río. En la parte baja los aluviones son poderosos en espesor, y los fragmentos de roca esparcidos por el camino revelan una formación geológica enteramente distinta de a que se deja en la Cordillera Central. En efecto: grandes conglomerados de cuarzo blanco compacto unidos por un cemento silicoso, y enormes bloques de gres compacto con gavetas de cuarzo lídío y fierro oligisto, demuestran bien claro que se pisa un terreno diferente del constituido por los eternos sienitas, el *grunstein*, el dialaje, el pórfido y la fonolita, rocas esencialmente antioqueñas.

No entro en la ardua cuestión de decidir magistralmente si el levantamiento de los tres grandes ramales de los Andes colombianos fue ó no coetáneo, porque me faltan luces bastantes, y porque ya el Sr. Codazzi, y quizá algún otro geólogo colombiano, han decidido fundadamente que el levantamiento ocurrió en épocas diversas.

Me contento con señalar lisa y llanamente, en apoyo de esta teoría, la naturaleza contraria de las rocas en la base y flancos de la montaña, así como demostraré más tarde que los valles y cimas de esta cordillera contienen rocas y minerales muy distintos á los de la cordillera opuesta, tanto en calidad como en su composición.

Avanzando con más rapidez para dar alcance á los compañeros, pasé á la una el Rioseco, que bien merece tal nombre por la mezquindad de sus aguas. De uno y otro lado del camino hay casas pajizas que sirven de posada á los muchos arrieros encargados de conducir las mercaderías con que se surte el comercio de Bogotá. En esas casucas se vende el grosero y pobre alimento con que se nutren los peones y el refrescante *guarapo*, del cual hice no pocas libaciones para apagar el ardor de mis entrañas, inflamadas por los soles del camino. Muchas de esas habitaciones están hoy abandonadas, porque la mano destructora de la guerra civil ha caído formidable y sin piedad sobre sus propietarios. Algunas mangonean de cortijos, y en tres ó cuatro se ven *caneyes* en que se alía el tabaco cosechado en esos campos (1).

A uno de esos establecimientos, de mejor apariencia que los otros, llegué urgido por voraz apetito, á pedir socorro para mi desfallecido estómago. Varios peones, sentados sobre troncos de árboles, se preparaban para comer, y una patrona de color claro y amarillento, como lo es casi siempre el de las calentanas, dominaba con aspecto señorial una gran olla de barro que despedía por su ancha boca nubes blanquecinas y vaporosas de no poco aroma.

—Patrona, ¿tiene usted modo de darme alguna cosa que comer?

—No, señor, respondió con suave indiferencia.

—Pues es lástima, la dije.

Ella quedó silenciosa por algún tiempo, y yo montado en mi mula, resuelto á no abandonar la campaña hasta ser completamente vencido.

—Son las tres de la tarde; no he almorzado ni comido, y tengo más hambre que un convaleciente.

—¿De dónde viene el caballero? preguntó la señora.

—Vengo de Honda, voy para Guaduas, y no tengo esperanza de encontrar alivio en el tránsito. Usted verá si permite que muera de necesidad.

(1) Según informes que hemos recibido, la situación de esas habitaciones y de otras muchas de la República se muestra hoy en estado aún más lamentable y precario.

—Bien quisiera lo contrario; pero aquí no hay comida sino para jornaleros.

—Pues me conformo con ello, le observé. Bajé prontamente de la mula, até el ronzal en uno de los maderos próximos, entré de rondón en el caney, me senté en un estrado de guaduas y esperé.

El patrón, marido de la buena mujer, acercó benévola-mente una mesita cubierta con un blanco y limpio mantel, colocó encima un gran plato de madera lleno de ajiaco con papas y carne de cerdo caliente; un tarro con ají, precioso y estimulante condimento que sólo sabe ofrecer la pródiga y magnífica naturaleza de América; un jarro de porcelana con un litro por lo menos de guarapo; un gran pan; un pedazo de panela, y otro plato con media pechuga y un muslo de paujil, que me parecieron de un bien nutrido pavo.

—¡Pero es un festín de rey lo que usted me ofrece, patrona; y me decía que sólo había comida de peones!

—Señor, no me atrevía á dar á usted esto, porque los caballeros son delicados y no saben comer lo que nosotros comemos. Observación que me hizo con la más exquisita amabilidad.

Durante la comida me entretuve con los dueños de casa en sencilla pero agradable plática.

El hombre me manifestó que el pernil y la pechuga eran de un paujil que él había muerto por la mañana estando de caza en los montes vecinos. La carne era blanca, tierna y jugosa. Devoré como un tiburón, pagué, agradecí, recogí el ronzal, monté y seguí trotando. Evidentemente la gente de por acá tiene carácter más suave, más apacible y más cortés que la nuestra, si bien en el fondo una y otra son buenas y hospitalarias.

Eran casi las cinco de la tarde cuando pisé la cima del alto del Sargento. La tarde estaba serena. El sol derramaba todavía raudales de luz dorada sobre las montañas. La brisa fría de las alturas había refrescado mis sienes, y la eminencia me permitía dominar por todos lados anchurosos horizontes; por lo cual determiné detenerme un rato sobre la cúspide, descansar, ver y sentir.

En frente de mí, y mirando para el Ocaso, tenía las crestas titánicas de los Andes centrales, sus faldas escarpadas, sus lejanas selvas, sus valles y sus incomparables encantos. Hacia el Norte, un territorio abrupto é indescifrable por el crecido número de cordilleras. Al Sureste, dilatadas sabanas, ricas plantaciones de tabaco, de guínea y de pará, recurso valioso de los pueblos comarcanos. A mi espalda,

hacia el Este, parte de la cordillera oriental; y á mis pies, en lo profundo del opulento valle, el caudaloso Magdalena, como un gran boa, deslizándose el caudal de sus poderosas corrientes, lento pero siempre majestuoso.

Lo caprichoso de las curvas del río, la longitud de su curso, lo amplio de sus vegas y vertientes, el brillo argentino de los nevados de Occidente, el azul delicado de los bosques, la magnificencia de los arboles americanos y la riqueza de luz y claridad en aquel sitio y en aquella hora, forman un paisaje arrebatador, propio para la más noble y armoniosa poesía.

Del alto del Sargento se viene por unas breves y pintorescas travesías hasta contemplar la reducida y graciosa llanura sobre la cual descansa la villa de San Miguel de Guaduas. Luégo se desciende por un corto plano inclinado y se saluda con placer á esta población, cuna afortunada de Policarpa Salabarrieta, del filántropo Coronel Acosta, del valeroso joven Pedro Gutiérrez Lee y del ilustre naturalista é historiador colombiano General Joaquín Acosta.

La temperatura de este lugar es deliciosa, poco más ó menos la de Medellín. El aspecto del sitio es encantador; pero desgraciadamente la comarca parece poco saludable, pues el coto y la anemia caen con implacable furia sobre sus habitantes.

Para las personas que quieran estudiar detenidamente la causa productora del *bocio* ó *coto*, haré notar aquí que la villa de Guaduas, aunque reducida en la extensión de su perímetro, no está igualmente sujeta á ser atacada en sus moradores por el coto con la misma frecuencia, pues se sabe que la parte del Occidente, que recibe de modo más abierto las brisas del Magdalena, lo es de preferencia.

San Miguel de Guaduas fue fundado el año de 1551 en tierra de los Panches, con el fin de que sirviera como escala para completar la conquista de aquella belicosa nación para establecer comercio con ella, y porque siendo de temperatura media entre la de Bogotá y la del Magdalena, convenía que los pasajeros se detuviesen allí por motivos de salud, evitando el cambio repentino de clima.

A pesar de su excelente temperatura y de su posición, esta villa ó ciudad adelanta poco, y si no discurre mal, su estado presente es inferior al que tenía hace veinte años. Sin embargo, es una población bonita, aseada y agradable.

Podría entretenerme en consideraciones gráficas de todo género sobre el territorio que acabamos de recorrer, y en ello habría no pocas cosas de interés; pero como no tengo tiempo para ello, lo dejaré para mejor coyuntura.

Estamos en Guaduas ; son las siete de la noche ; salimos á dar un paseo por la ciudad, y yo me despido de usted con el cariño de siempre.

XVIII

CUNE, 2 DE ENERO DE 1863

No puedo comprender que lleguemos á tener jamás una historia general y completa de la República trabajando sobre las mismas bases y con el mismo sistema que se han usado hasta ahora. El solo proceder sensato que, en mi opinión, existe para llegar á un resultado provechoso en este género, consiste en trabajar por partes, coleccionando escrupulosamente los anales patrios en secciones más ó menos éxtensas, conforme al poder intelectual y los conocimientos del escritor. Que en cada Estado los hombres patriotas y amigos de la humanidad contribuyan con sus desvelos y esfuerzos para la ejecución de esta obra civilizadora, y que el resultado de sus estudios, meditaciones y afanes, coordinado por espíritu superior, forme la historia nacional: hé aquí mi más ardiente deseo. Esta empresa no puede ni debe ser acometida por el Gobierno, porque él, como entidad compleja y abstracta que ha de ser, carece de estímulo y de numen, y en literatura, filosofía, artes y ciencias, las tareas civilizadoras de educación y verdaderamente instructivas se convertirían en tráfico vil por obra de la autoridad y fueran sus frutos constantemente de mala calidad. El deber de un Gobierno ilustrado, en este caso, queda reducido á prestar el apoyo de su influencia y de su tesoro á los ciudadanos que voluntariamente quieran vacar á esta útil ocupación. Lo que digo respecto de la historia lo hago extensivo á la estadística, á la geografía, y, si me fuere permitido, á todos los ramos del saber humano. Loables han sido sin duda los esfuerzos patrióticos de Plaza y de Acosta por sacar de las tinieblas y del polvo de los archivos la luz y la verdad que debe alumbrar nuestro pasado. Rindo mi tributo de admiración á su patriotismo; pero aseguro que al trazar líneas de extensión tan grande para ejecutar su plan, han tenido por fuerza que quedarse incompletos en la tarea. Ni en sus libros, ni en ninguna otra clase de escritos que yo haya consultado, he podido ver cuadros satisfactorios sobre la historia de Antioquia. Así es que los elementos esparcidos en las obras que tengo leídas son tan deficientes, que á veces he caído en el desaliento y aun resuelto abandonarlos como inservibles.

Continúo el itinerario de nuestra peregrinación.

Dejámos á Guaduas á las seis de la mañana; subímos la falda que conduce al alto del Raizal, sitio en que durante esta última guerra consiguió el General Mosquera, después de un combate, situarse con la mayor parte de su Ejército y desconcertar el de la Confederación. Un poco antes, entre el Raizal y el alto del Trigo, encajonado por dos cordilleras, hay un vallecito estrecho, con un torrente en medio que, descolgándose suavemente por un plano inclinado, va á reunirse en su parte baja con la inferior de Guaduas. Llámase este vallecito *Las Tibayas*, y está perfectamente cultivado, sin que por eso sea muy pintoresco. El terreno se halla cubierto por grandes pedruscos de gres compacto y otras rocas, que lo arrugan por trechos; pero en los intervalos crecen algunas gramíneas frescas y jugosas, entre las cuales el maíz descuella, rico y pomposo, con numerosas mazorcas. Al rededor de las casitas hay algunos árboles frutales, huertas con repollos, cebollas, ajos y plantas diversas, que producen en buena cantidad artículos de tráfico para el consumo del Distrito y para un mezquino comercio con los pueblos ribereños del Magdalena.

A las nueve almorzámos sencillamente en el alto del Trigo, y continuámos nuestro camino, algo agitados por un sol abrasador. Un poco más acá del Alto el sendero que faldea la montaña tiene uno de esos pasos, tan comunes en las tierras cerriles, que limitado en uno de sus flancos por la cordillera misma, deja el otro escueto y libre con un abismo al pie. En el año de 41 se conducía desde Bogotá, preso para la Costa, al célebre Coronel Sarria, el temido guerrillero de Timbío. Iba en mala mula, montado en sillón, con grillos, y quiso la desgracia que al llegar á este punto cayese, no se sabe por qué accidente, de su cabalgadura y se detuviera, como por milagro, en el borde mismo del precipicio. Se susurró desde entonces que el Oficial de la escolta había sido el promotor voluntario de esta ocurrencia: susurros que aumentaron de gravedad en otras aventuras sucedidas al prisionero en el resto del viaje.

Desde los altos del Trigo y Petaquero y por toda la falda que se recorre para llegar á Cune, se domina en todos sus pormenores el valle de Villeta. La formación geológica de este circuito es enteramente diferente de todo lo que hemos visto hasta ahora. En las partes elevadas las barrancas del sendero y aun el piso mismo tienen grandes zonas foliáceas de esquisto arcilloso que descansan sobre el sólido cimiento de las cordilleras, constituido por masas enormes de gres compacto. Esos esquistos están en su mayor parte teñidos de color

moreno, que les da en cierta manera el aspecto de láminas de pizarra. Hacia la mitad de la cuesta se comienza á ver, ya sueltos, ya adheridos al gres, algunos pedazos de cal carbonada, blanquecina y sin cristalización, semejantes al turf, y á cada momento las impresiones de pequeñas y grandes ammonitas, cuya presencia subsiste hasta el riachuelo de Villeta, casi en la plaza del lugar, sin prolongarse un palmo de tierra más allá.

A primera vista se puede pensar que el valle de Villeta está formado por una capa de terreno carbonífero, porque el aspecto negruzco de sus contornos, el gres compacto, los diferentes esquistos, las concreciones calcáreas y las huellas de restos vegetales y animales así lo dan á entender; pero ahondando un poco más el examen se percibe con claridad que siendo efectivamente una formación sedimentaria, no es ni tan antigua como las capas decólicas ó esencialmente carboníferas, ni tan modernas como los terrenos terciarios, cretácicos y supercretáceos. Dicha formación parece pertenecer á las capas superiores de los terrenos jurásicos, y en este género á la capa del lías, demostrada perentoriamente—á nuestro entender—por la abundante existencia de fósiles marinos, entre los cuales están las ammonitas ya dichas, uno que otro ortocero y no pocas belemnitas y turríditas.

Las formaciones carboníferas se encuentran por lo común en todas las diversas capas que constituyen la costra sólida del globo; pero siguiendo un estricto orden geológico, debe buscárselas de preferencia encima de las rocas que caracterizan el terreno devónico y debajo de las que se hallan constituyendo las formaciones jurásicas. Todas estas capas tienen rocas que les son peculiares, y por la existencia de las cuales se puede investigar el yacimiento cierto ó próximo de carbón. Un geólogo puede y debe hacer sus indagaciones con esperanzas de buen éxito, cuando busca este precioso combustible, una vez que encuentre capas arenosas, gres compacto, carbonato de cal en diferentes formas, marna, impresiones vegetales, láminas pizarrosas, lignitos, turba y tierra ennegrecida, porque si no todos estos elementos son propios é indispensables compañeros de la hulla, sí son por lo menos sus vecinos inseparables.

La cuestión de buscar con probabilidades de buen resultado depósitos de carbón mineral en este país, nos parece de vital importancia, si atendemos á las exigencias permanentes de su futura industria y á la falta creciente de combustible aun para los usos domésticos. La ciencia está muy atrasada á este respecto, y tanto, que yo mismo, que tengo la

arrogancia de escribir sobre la materia, pienso de buena fe que de aquí á cincuenta años, si alguno se tomara el trabajo de leerme, diría desdeñosamente: "Cuántos errores!"

No sé que en las cercanías de Villeta se haya encontrado hulla hasta ahora, y juzgo posible que no se halle, porque considero que los distritos carboníferos de Pacho, Subachoque y Tequendama, que pueden mirarse como vecinos, forman una zona geológica que á lo más alcanza á tinturar débilmente estos terrenos con un aspecto carbonífero engañoso.

De todos modos tengo la idea de que los Sres. D'Elemberg, D'Orbigny y Elie de Beaumont tendrían en esta parte del continente americano extenso lugar para sus descubrimientos paleontológicos, así como también discurro que cuando la mineralogía y la geología sean útil y provechosamente estudiadas entre nosotros, Villeta será un rico gabinete, campo feliz de fecunda observación.

Como una legua antes de llegar al suntuoso y cómodo alojamiento en que estamos, un joven, hijo del propietario y hermano de uno de nuestros compañeros de viaje, vino á nuestro encuentro y á mostrarnos el camino de su hospitalaria mansión. Este joven, llamado Juanito, tiene de 17 á 18 años, y su figura es espléndida de belleza y juventud.

A nuestra llegada, el Sr. D. Guillermo Wills salió á recibirnos. Hubo una conmovedora escena en que los afectos de familia fueron santos y elevados, y en que las palabras no alcanzan á pintar la realidad de las impresiones. El buen inglés nos ha instalado con nobleza verdaderamente británica. La fatiga del camino se pierde en la atmósfera de cordialidad que nos rodea.

XIX

VILLETA, 3 DE ENERO DE 1863

La hospitalidad inglesa es afectuosa, con un poco de gravedad; pero generalmente hablando, la persona que la recibe se ve obligada á descansar en la sinceridad de quien la da. Por muy grande que fuera nuestra gratitud respecto á la estimable familia Wills, jamás alcanzaría las debidas proporciones.

El jefe de la casa tiene una preciosa colección de fósiles hallados en las cercanías, que observamos con mucha atención y placer. El es, por otra parte, la primera persona que haya escrito en este país de modo serio y metódico sobre

geología, y en tal sentido, como en otros muchos, merece la estimación nacional. Sus conocimientos son vastos, y se conversa con él sacando siempre utilidad de su notable erudición. Relacionado por vínculos de sangre con personas de esta tierra, la patria de sus hijos es la tierra de sus afectos; por manera que se le ha visto siempre, ya escribiendo para civilizar al pueblo, ya trabajando personalmente en industrias agrícolas, con el fin de promover los adelantos materiales. En el hogar doméstico es suave y afectuoso, culto y esmerado en sus maneras.

No abandonamos la casa hasta las doce de este día. Es un verdadero palacio con todas las comodidades imaginables. Jugamos billar, comimos lujosamente, charlamos sobre asuntos de buen gusto, historia, anécdotas, literatura, política y porvenir; dormimos en mullidos lechos, recibimos toda clase de agazajos y atenciones, y nos despedimos con pena de nuestros huéspedes, dejando allí al Sr. Ricardo Wills con su mujer y su niña.

A este lugar hemos llegado entre la una y las dos de la tarde, después de haber recorrido un camino que tiene, poco más ó menos, los mismos caracteres que el descrito en nuestra carta anterior. Los campos son fértiles. La temperatura, un poco superior á la de Guaduas, es muy sofocante, pero tan sana y de tan buenas influencias para la vida del hombre, que constantemente se la elige por familias de Bogotá para procurarse con ella el pronto restablecimiento de la salud. Aunque la población tenga mucho donde dilatarse, es pequeña. La mayor parte de las casas son pajizas. Pocas están cubiertas de tejas, y rarísimas tienen segundo piso.

Hacia la mitad del siglo XVI se fundó este lugar con el nombre de San Miguel, por motivos enteramente idénticos á los mencionados cuando tratamos de la erección de la villa de Guaduas. La patria de la Pola no se formó sino en reemplazo de San Miguel establecida aquí, y que no progresó por causas especiales, quedando por largo tiempo pobre y mezquina, con el nombre de Villeta. En los últimos tiempos ha prosperado algo, pero no tanto que tome aspecto de ciudad. Está situada en el seno de un ángulo formado por la confluencia del riachuelo y el río Villeta. Produce algunos géneros alimenticios para el consumo propio, y algún excedente que se lleva para la venta en los mercados de la Sabana.

Aunque es un poco temprano, no podemos seguir por falta de bestias para el equipaje y porque uno de los compañeros va enfermo.

XX

LOS MANZANOS, 4 DE ENERO DE 1863

Estamos en plena meseta de los muiscas. Son las cinco y media de la tarde. El sol tiñe todavía con ráfagas de púrpura las lejanas cordilleras. Ocho leguas de un horizonte que parece marítimo, nos permiten ver en el último confín oriental los débiles y casi perdidos contornos de una gran cordillera. Dos cerros, un poco mejor definidos, con ancho boquerón en medio, tienen al pie un dibujo confuso, semejante al aspecto lejano de barrancos compuestos de parches amarillentos y grises. Es la ciudad de Bogotá Distrito federal de la moderna Colombia, capital de la extinta Confederación Granadina, de la pasada República de Nuevos Estados Unidos de Colombia la Grande, cabeza de Virreinato, y Teusaquillo de Bacatá, antes del descubrimiento de América.

Renuncio por ahora el bosquejo de esta gran nava, tanto por incompetencia intelectual cuanto porque abraza número alto de pormenores que pedirían, para ser narrados, más tiempo del que tengo á mi disposición.

La fonda en que estamos alojados es un establecimiento mixto por su carácter: francés por algunas cosas y por el dueño, español por el aspecto de venta ó mesón; pero de todas maneras superior á mucho de lo que tienen los Estados Unidos de Nueva Granada en este género. Hasta aquí viene el ómnibus de Bogotá para conducir pasajeros, pero su llegada por ahora ofrece algunos inconvenientes, y preferimos seguir á caballo. Acostumbrados al calor de los países tropicales durante diez años, sentimos un frío mortificante.

Esta mañana á las seis dejámos á Villeta. Anduvimos primero á lo largo del río, por un camino regularmente abierto. Dos ó tres millas más acá pasámos por un puente de regular construcción, y al seguir por un plano inclinado, vimos inclinarse el sendero ante nosotros, con todos los horrores de la línea cuasi vertical aplicada á las vías de comunicación. Muy temprano todavía dominámos las alturas de Mabe, desde donde, volviendo los ojos á lo andado, distinguimos con todos sus pormenores el valle de Villeta, parecido á una inmensa cacerola, con sus parques de verdura y sus blanquecinos torrentes. Avanzámos un poco más, llegámos al difícil paso del Salitre, que con mil tropiezos y dificultades, por los hoyos y lodazales que contiene, no obstante estar avanzada la estación del tiempo seco, lográmos dejar atrás. Decididamen-

te estas veredas son homicidas y terribles, y apenas puede concebirse cómo, después de un transcurso de más de tres centurias, el interior no tenga un vehículo siquiera medianamente bueno para comunicarse con los otros pueblos de la República y con los países extranjeros: lo que motiva que la metrópoli ponderada de Colombia se encuentre encaramada, como nido de águilas, en una altura casi inaccesible á la mayor parte de viajeros. Yo he estado tres veces en Bogotá, y recuerdo que casi nunca me ha sido fácil llegar.

Por todos los puntos de la rosa náutica se ve el pasajero, estando un poco más acá del Salitre, rodeado de colinas y montañas tiradas como al acaso, sin orden y sin relación unas con otras durante la época genérica de su aparición. Es un remolino de tierra atormentado y revuelto, confundido y en pedazos, con cimas elevadas, quiebras numerosas, depresiones sin cuento, oquedades profundas, caprichosas combas, vueltas y revueltas, insubordinación y anarquía, casi tan grandes como las que reinan en las naciones hispanoamericanas.

En el pináculo de uno de estos montes, que el caminante deja al flanco izquierdo viniendo de Villeta, se alcanza á ver constantemente una columnita de humo. Llamán á eso el volcán, y dicen que en los primeros días de su reciente aparición el cerro lanzaba vapor de azufre, agua y lodo. No sé lo cierto; pero al presente no parece otra cosa que una simple fumarada, respiradero espontáneo y natural de algunos vapores contenidos en las grietas subterráneas de los Andes en esta localidad.

Escalando siempre montaña, pasámos las ventas de Chimbe y el Escobal, hasta que en contra de la voluntad expresa y terminante de las mulas, lográmos respirar, ya muy tarde, el aire fresco del Aserradero. La vida humana, mi querido amigo, á pesar de sus inconvenientes, de sus grandes y pequeñas miserias, y de las opiniones filosóficas que la condenan, tiene sus ratos de placer dignos de la más alta recomendación. Tranquilidad en el espíritu, ante todo, y después, caridad para con el prójimo, amor supremo para con el Infinito Creador de todas las cosas, trabajo asiduo y constante para satisfacer honradamente las necesidades de nuestro espíritu y de nuestros sentidos, y luégo, como prima, flores, campos amenos, paisajes pintorescos, baño en los torrentes, paseos campestres, buenos alimentos, vino en ocasiones, viajes, cielo puro, astros espléndidos, conversación íntima y amena, poesía, atmósfera sana y aire fresco de cordillera para repletar los pulmones.

Esa factura, dirá usted, es el programa de Epicuro, el sensualismo, la corrupción, el libertinaje. Todo depende del

modo de gustarlo. La razón ilustrada es el regulador supremo de toda moral, sin decir que quedan á disposición de todo hombre de bien otros muchos recursos para poder colocarse en la categoría de virtuoso. La oración, el ejercicio de la justicia, la filantropía, la limosna, el consejo, la amistad y el culto puro y santo de esa religión pequeña que viene después de la del Cristo, y que se llama familia.

Si hubiere algo de su agrado en lo que antecede, recíbalo como advertencia de su tío, que jamás le habla sin pensar en la felicidad de usted.

Del Aserradero hasta aquí no hay más que un *reventoncito*, como dicen los peones de Sonsón: lo pasámos pronto, y ya estamos instalados en este punto.

XXI

HACIENDA DEL COLEGIO, 5 DE ENERO DE 1863

Salimos muy de mañana de Los Manzanos, y llegámos temprano á Facatativá, donde se hizo alto en una buena posada con el intento de almorzar y conseguir bestias de remuda para pasarnos la Sabana con la menor incomodidad posible. Considerados como bestias de alquiler, los caballos que por acá se usan son bastante buenos, tienen buena figura, son fuertes y galopadores incansables. A pesar de estas ventajas, yo, temiendo que la señora, poco acostumbrada á esta manera de andar, se fatigase mucho, pedí de antemano á Bogotá otro mejor á un amigo.

El almuerzo se hizo con todo el apetito y holgura imaginables, porque esta es la tierra bendita de la abundancia en materia de alimentos. Los compañeros, anhelantes por llegar á la capital, montaron y vinieron á la vanguardia, mientras que nosotros, recostados en blandos sofás, dejámos pasar el tiempo y esperamos.

Facatativá es hoy una regular villa, que comienza á progresar. Su nombre y su existencia son anteriores al descubrimiento de este país. En tiempo del Virreinato fue un poblacho compuesto de casas de paja agrupadas y que no se caían porque el vencimiento de las unas, discordante con el de las otras, las tenía á todas en su puesto. Hoy este lugar muestra señales de adelanto y no carece de uno que otro edificio de ventajosa apariencia. Su posición en la parte occidental de la Sabana y la vía que conduce para los pueblos del Magdalena, de Antioquia y de la Costa, lo envidiablemente feraces de sus terrenos y otras causas benéficas, han tenido en estos últi-

mos tiempos á este pueblo en recomendable estado, á pesar del influjo absorbente de la metrópoli, que, como toda gran ciudad, se asimila elementos y recursos de los pueblos vecinos (1). Abunda mucho en indios de sangre pura, en mestizos y en cierta clase de individuos llamados *orejones* en todos los pueblos de la Sabana: raza especial de tipo característico y de facciones y costumbres peculiares. El orejón es á veces blanco neto y noble de origen, frecuentemente cruzado y casi siempre magnate. Cabalga un corcel tan bien como cualquier jinete árabe; monta sobre una pesada silla, complicada en sus arreos, pero que él gobierna con suma destreza; lleva de continuo sogas de enlazar, grandes espuelas, anchos zamarros, sombrero enfundado y bayetón. Su aspecto es alegre y satisfecho, vive por lo común á caballo, agencia sus negocios con actividad, es al principio un poco reservado en su trato, pero se torna expansivo y jovial sin gran trabajo; es torero insigne, coleador de bestias, buen soldado de caballería, listo en la riña personal, fanático en religión y en política, y apasionado y testarudo en su calidad de partidario. No le falta espíritu de hospitalidad; como hombre de familia y como amigo es á veces inimitable. En la mayor parte de las contiendas civiles, cuando la guerra tiene por teatro la planicie, sus simpatías inclinan la balanza en favor de quien las recibe.

El distrito de que vengo hablando ha gozado desde remoto tiempo de gran repntación en asunto de valentía y de espíritu lugareño. No há mucho hubo aquí una asociación llamada de los veintiuno, compuesta de los más jaques de la parroquia. Formaban liga ofensiva y defensiva, en asociación *sui generis*, temida por todos.

Cansados nosotros de esperar mejores bestias para trasladarnos á Bogotá, resolvimos partir á las dos de la tarde en caballos de alquiler, y lo pusimos en ejecución. Habíamos andado unas seis ú ocho cuadras cuando vimos llegar á nosotros á nuestro amigo Bartolomé Gutiérrez con una famosa berlina tirada por dos briosos y magníficos caballos. Nos hizo desmontar y nos sentó en mullidos cojines, para traernos por una nivelada y deliciosa carretera al cómodo y espacioso alojamiento en donde ahora estamos, circundados de las más exquisitas y amistosas atenciones. Nuestro compatriota alega como razón decisiva para habernos hecho regio recibimiento, además de su antigua y leal amistad, el caso urgente en que está de pagarme una gran deuda de gratitud que había con-

(1) Se nos ha dicho y lo creemos que Facatativá ha progresado en lo material é intelectual de una manera notable.

traído para conmigo por los esmerados servicios que durante un período de diez años he prestado á una de sus hermanas, enferma. Efectivamente, como profesor he sido atento y obsesivo con esta familia; pero usted comprenderá perfectamente que si lo proclamó así, en contra de toda modestia, es porque necesito llamar su atención acerca de un punto importante. Servicios en cuya remuneración no había yo pensado jamás, han venido á encontrar desmedida recompensa á gran distancia y cuando menos lo esperaba yo. La práctica del bien, mi querido amigo, es una semilla que medra y fructifica tarde ó temprano. No se deje detener usted en este saludable camino, por la triste consideración de que con cien beneficios hace noventa y nueve ingratos; porque la beneficencia no tiene su recompensa en el reconocimiento de los hombres, sino en la satisfacción de la conciencia y en su naturaleza de virtud. He practicado con alguna frecuencia el bien, no tanto quizá por índole y buen corazón, cuanto porque la Providencia me ha colocado en coyuntura de hacerlo, no en grande por desgracia, pero sí en breves pormenores de caridad.

He pasado una noche deliciosa. La hospitalidad ha caído sobre nosotros como una bendición del cielo. Cuando usted sea hombre de familia, practique la hospitalidad, y practíquela con esmero. De todas las formas que reviste la caridad cristiana, ninguna es más noble, más digna y más santa que la consignada en esta sencilla, trivial, simple y deliciosa máxima. "Dar posada al peregrino."

XXII

BOGOTÁ, 6 DE ENERO DE 1863

La hacienda de El Colegio, en donde hemos dormido, concuerda con su nombre en género, número y caso. Edificio de tapia y tejas, patios espaciosos, galerías oscuras, celdas que sirven de cuartos, baja techumbre, plena Edad Media, en una palabra. En cambio, hospitalidad magnífica, lecho caliente y agua fresca, buena alimentación y cordialidad en todo.

La Sabana de Bogotá está todavía muy distante de tener casas de recreo en consonancia con lo que ella vale y con su espléndida belleza. Algo se ha mejorado en estos últimos años, pero la mayor parte de las quintas huelen aún al españolismo de nuestros antepasados.

A las diez subimos á nuestro famoso coche, tomámos la

carretera, dejámos atrás y á un lado á Funza y Serrezuela y llegámos al cerrito del Santuario, punto, como usted sabe, en donde se riñó uno de los más sangrientos combates de guerra civil.

Sería la una cuando estábamos en Fontibón. A eso de las dos nos hemos alojado en una casa cerca de la calle de Los Carneros, de donde me despidió de usted con mi cariño de siempre.

MANUEL URIBE ANGEL.

(Concluirá).

EXPULSION DE LOS JESUITAS QUE RESIDIAN EN TUNJA EN 1767

DOCUMENTO INÉDITO

Excmo. Señor.

Luégo que recibí la superior orden de V. E., que da principio á las diligencias que acompaño, pasé á la ciudad de Tunja, y á las cuatro de la mañana del día 1.º de Agosto, habiendo ocupado las bocacalles, puertas principales y del campo del Colegio Noviciado de la Compañía de Jesús de aquella ciudad, entré en él acompañado del Teniente de Corregidor, los dos Alcaldes ordinarios, el Maestre de Campo de Milicias y algunas otras personas de distinción que me auxiliaron; y puesta guardia en la puerta de la sacristía y algunas otras interiores del Colegio, convocada la comunidad á són de campana por el Padre Vicente Ballesteros, Vicerrector (á causa de no hallarse en esta ciudad el Padre Domingo Irisarri, Rector de aquel Colegio), les hice saber el Real Decreto de tantos (sic) de Marzo, en que S. M. se dignó mandar extrañar de sus dominios y ocupar las temporalidades de dichos Religiosos, que obedecieron con la sumisión más profunda; y para proceder al reconocimiento é inventario de sus aposentos recogí de todos las correspondientes llaves, é hice pasar los novicios al Convento de N. P. S. Domingo y á todos los religiosos profesos al Noviciado, en donde los mantuve con centinela de vista hasta que se practicó el reconocimiento y se pudo facilitar el carruaje y utensilios necesarios para su con-